

DEFICIENCIAS DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

Prefiero señalar algunas de las principales deficiencias que mi observación ha comprobado en la enseñanza de este instituto y que son, me parece, faltas generalizadas en toda la instrucción secundaria argentina.

Dando razón a algunos psico-pedagogos, nuestros alumnos aprenden para olvidar; nada hay más efímero en ellos que la memoria de la instrucción recibida. Pasado el estímulo inmediato que ha determinado su adquisición, las nociones se disipan en el olvido como substancias volátiles en la atmósfera. Atribuyo esa sensible fragilidad del recuerdo a que el estudiante secundario asimila provisoriamente el saber, como si el fin de éste fuese habilitar para la recitación en clase o para afrontar con probabilidades de éxito las exigencias del examen, a que no se establece entre los conocimientos, el enlace natural que facilita su evocación; a que la enseñanza predomina la forma expositiva sobre las activas, y a que, por falta de tiempo o de previsión, no se hacen revisiones oportunas en cada asignatura.

Los profesores incurren, generalmente, en el error de aislarse dentro de sus respectivas materias y de pensar que no les es lícito penetrar ni con las más inocentes alusiones, en el dominio de sus colegas. Por explicable sugestión, cada uno atribuye a su disciplina el mayor valor en la cultura humana y relega a segundo término las demás, cuando no las descalifica resueltamente. Las ciencias no se enseñan como partes de un todo orgánico, y aunque ordenadas jerárquicamente, cualquiera de ellas sirve de base a la que le sigue y complementa la que le precede, relacionándose con ambas por fenómenos comunes; en la cátedra esos vínculos se rompen violentamente y se hace de la inconexión una norma de la docencia.

Por su parte, los alumnos acusan una notoria falta de aptitud para aplicar el saber. Consideran que los conceptos, las leyes o las reglas, sólo pueden ser invocadas en la materia que los explica. No se les ocurre, por ejemplo, que a la interpretación de un fenómeno biológico deban concurrir la química, la física, la matemática, o que en la producción de un hecho histórico hayan podido inter-

venir factores cósmicos, económicos o sociales, estudiados en otro momento y en otras asignaturas. Esa incapacidad asume a veces aspectos inverosímiles, como cuando los estudiantes entienden (acabo de comprobarlo en los recientes exámenes) que, aun tratándose de la misma ciencia, el cambio de curso o de profesor los obliga a tratar como asuntos nuevos los temas más conocidos. No hacen servir su versación técnica para explicar los fenómenos usuales, ni las teorías de que están imbuídos les inspiran modos de hacer o direcciones de conducta.

Otro vacío que se advierte en la preparación secundaria de nuestros jóvenes es la carencia de ideas generales. Su atención se diluye hasta perderse en el detalle, sin realizar luego las síntesis que facilitan el recuerdo y robustecen el criterio. Hay demasiado empirismo analítico, que impide percibir el valor filosófico de ciertos estudios.

Es necesario agregar, además, que el espíritu del estudiante suele verse perturbado por las enseñanzas más contradictorias. En una misma casa y, a veces en una misma aula, maestros y libros difunden las más opuestas doctrinas. Los alumnos que a cierta hora oyen preconizar el carácter indestructible de las leyes naturales, asisten en la siguiente al elogio del dogma, como expresión de la verdad absoluta. Al profesor que presente el libre cambio como una fórmula económica ideal, le sigue el colega que recomienda el proteccionismo como la condición «sine qua non» de la prosperidad material del país; si en esta cátedra se exaltan las ventajas del régimen federal, en la que funciona cincuenta minutos después, se habla del unitarismo como del remedio infalible para nuestros males políticos. La heterogeneidad y la incongruencia de la segunda enseñanza arraigan en el alma de la juventud y engendran la anarquía mental, que trasciende luego a la conducta y puede ser causa de muchas agitaciones ocasionadas a conmover la anarquía social.

Otra característica del bachiller argentino — me refiero al tipo común — es la incertidumbre que lo domina acerca de su propio saber. Como sus conocimientos están descuadrados y se entremezcla en una turbia indistinción de lo fundamental y lo accesorio, no tiene, en realidad, justa conciencia de su cultura. Si es vanidoso, despliega audacias de sabihondo; si es tímido, cae en la vacilación y en el acobardamiento. La educación que recibe no lo hace dueño ni de su energía mental ni de sus conocimientos.

Tampoco logra nuestra segunda enseñanza despertar en la juventud anhelos de perfeccionamiento y coraje para las iniciativas personales. Ganado un curso no se vuelve más sobre lo estudiado, ni para conservar las nociones adquiridas ni para completarlas. No existe el ansia de saber ni la voluntad en cada uno de hacerse maestro de sí mismo, cuando se abandonan las aulas. El colegio no ha sugerido ideales ni armado con métodos que habiliten para abrirse un camino en la vida.

L. HERRERA.